

3. RESEÑAS

Casas editoras y redes políticas en el siglo xx latinoamericano

PUBLISHING HOUSES AND POLITICAL NETWORKS IN THE LATIN
AMERICAN 20TH CENTURY

*Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del
Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*

Gustavo Sorá

Buenos Aires, Siglo XXI, 2017

Discreto en su extensión, pero sugerente en sus contenidos, el reciente libro de Gustavo Sorá ofrece un recorrido por dos iniciativas editoriales cuya importancia para la vida intelectual latinoamericana es difícil graficar con exactitud. Acaso por eso, *Editar desde la izquierda* adopta una estrategia singular para conducirnos por la historia del Fondo de Cultura Económica (FCE) y Siglo XXI: capítulos concentrados en un episodio, problema o personaje, acompañados de viñetas que funcionan como notas de lectura, *marginalia* que ingresa al cuerpo del texto. La investigación de Sorá participa, así, de una condición metarreferencial recurrente en el campo donde se inserta. Esto es, se trata de un libro sobre libros que –¡por más señas!– es publicado por la editorial que es objeto de indagación. De ahí que antes de comenzar, entre el índice y la dedicatoria, encontremos una nota que explicita la peculiaridad de un libro como este. El énfasis de dicha advertencia está en el profesionalismo y en la autonomía intelectual, la prioridad en contribuir al debate público antes que exigir conformidad completa con las posiciones de los editores.

Con este gesto inusual, sin embargo, me parece que Siglo XXI entabla un discreto diálogo con uno de los puntos nucleares del texto: la edición como una labor informada por horizontes políticos vinculados a una tradición de pensamiento crítico y no sectario. Al mismo tiempo, la nota pone en evidencia un punto que es caro para los estudios sobre libros, lectura y edición. Se trata de la compleja red de mediaciones en las que se ven involucrados autores y editores, en las cuales se conforman espacios de producción y circulación de ideas al igual que sus modalidades particulares de inscripción en soportes materiales. Lejos de ser una correa de transmisión entre autores e impresores, las editoriales han sido agentes de crucial importancia en la construcción de los paisajes intelectuales en América Latina y otras latitudes.

La problemática que convoca a Sorá en su visita al FCE y Siglo XXI es la gestación de un proyecto de unidad cultural para el continente articulado desde el oficio de la edición. “Guiadas por misiones éticas para establecer un repertorio común de textos e ideas entre lectores de la vasta geografía cultural iberoamericana, asentaron patrones de acción intelectual y empresarial que se tornaron modélicos” (11). Problemática antigua para los cuadros intelectuales latinoamericanos, la cuestión de la unidad cultural es elaborada por estos proyectos editoriales con herramientas que marcan inflexiones cualitativas notorias respecto de momentos anteriores. De acuerdo con Sorá, se dan cita aquí “un sistema de agentes de variado tipo (editoriales, editores, libreros, intelectuales, políticos) mutuamente inteligibles, y cuestiones sobre las culturas contemporáneas que no se limitan a las prácticas de edición de libros” (23).

Sintéticamente, el argumento del libro traza la historia de las dos editoriales a partir de la trayectoria biográfica de sus figuras tutelares. Daniel Cosío Villegas y Arnaldo Orfila Reynal son la puerta de entrada para comprender el funcionamiento de ambas instituciones, a pesar de que, como dice el autor, el análisis no se limita a ellas. Por el contrario, las opciones metodológicas de *Editar desde la izquierda* nos invitan a considerar las oscilaciones entre el par analítico historia/estructura. Afirma Sorá: “Con todo, no desisto de la necesidad de ir más allá de los sujetos y de la historia para dilucidar por qué los actores del mundo del libro son como son y tienen tan poco margen para eludir los condicionamientos de las estructuras sociales y simbólicas cristalizadas en la región y a escala del continente cultural” (18). Aquí

convergen las iniciativas diversas de la praxis editorial desarrollada por Cosío y Orfila: diseño de catálogos, reclutamiento de colaboradores y trabajadores, creación de estrategias comerciales y alianzas de distribución, además de las acciones más claramente situadas en el plano político (colaboración y conflicto con autoridades, gestos de solidaridad y posicionamientos en la esfera pública). De este modo, la investigación abre la complejidad de una historia de la edición que sitúe a sus agentes como integrantes de escenas político-culturales que exceden la escala regional y se despliegan –como consecuencia de su proyecto– por todo el continente y más allá de él.

El libro arranca con una semblanza de Cosío, cuyos métodos y coordenadas luego se espejean con Orfila, y que pronto da paso al problema de la transformación del mundo editorial latinoamericano del siglo pasado, uno de los ejes centrales del volumen. Se trata de un proceso que antecede a Cosío y la fundación del FCE, situado en los años veinte “como una época en que surgen editores en sentido estricto; esto es, profesionales que centran su actividad en la selección de textos identificables con un programa estético, intelectual y comercial, manifiesto en su catálogo” (55). La cronología de dicha emergencia es crucial para evitar la mitología de una modernización editorial como hazaña solitaria del FCE (o, peor aún, de Cosío como individuo) y, en cambio, introduce una valoración del trabajo realizado en el crisol del aparato cultural posrevolucionario en México (56-58). Aunque apuntaban en otra dirección, las iniciativas editoriales de José Vasconcelos sirven como un antecedente valioso para comprender algunas de las estrategias político-culturales de la intelectualidad de la primera mitad del siglo xx, que involucraron al Estado en diversas capacidades¹.

¹ Un punto que se desprende de la genealogía del FCE ofrecida por Sorá (59-60), pero no trabajado por él, es que la modernización cultural puede ser muchas cosas, pero por ningún motivo puede considerársela como el aislamiento de la cultura del ámbito de la política (entendida aquí como la relación con el Estado en sentido amplio). Si bien no existe tal cosa como un dirigismo editorial, negar la presencia del Estado sería tan absurdo como suponer que las transformaciones económico-políticas del desarrollismo ocurrieron por pura iniciativa privada. Al mismo tiempo, esta intuición podría permitirnos reevaluar cierto relato de la historia literaria latinoamericana que ha pensado la modernización en un período inmediatamente anterior (1870-1910), aunque en términos más estéticos que sociológicos.

La imbricación entre circuitos editoriales y vida política explorada por el libro no se agota en el accionar de/desde el Estado. Por el contrario, reaparece aquí el ya conocido rol intelectual desempeñado por el exilio republicano español en las ciudades-cabecera de la América hispana (México y Buenos Aires). José Medina Echavarría, Francisco Ayala, María Zambrano y José Gaos contribuyeron a una renovación de las escenas filosóficas y sociológicas a la par de su aporte en el plano de la traducción de algunos clásicos europeos, como *Economía y sociedad* de Max Weber, bajo la supervisión de Medina Echavarría (64). De igual modo, la guerra civil española y la Segunda Guerra Mundial tuvieron el efecto de debilitar considerablemente la hegemonía editorial española sobre el continente y crearon una ventana de oportunidad para que empresas como el FCE o Losada consolidaran un mercado continental².

Pero este no es el único vínculo político de importancia que Sorá desarrolla. Quizá el más pregnante –pues involucra a Cosío y a Orfila– es el referido a la experiencia de las reformas universitarias, alrededor de los años veinte. El primer contacto entre ambos editores, entonces en sus años formativos, ocurrió con motivo del Congreso Internacional de Estudiantes, realizado en México en 1921. “El sentimiento profético que circundó al Congreso motivó el tejido de alianzas interamericanas de impacto visible en proyectos como el APRA peruano y el reformismo platense” (42). El libro muestra la encarnación editorial de estas sensibilidades en colecciones como *Tierra Firme* y el “rol informal de cónsul de la cultura mexicana en la Argentina” (119), desempeñado por Orfila en las décadas posteriores. Aunque la articulación narrativa de sucesión y simultaneidad no es todo lo fluida que uno quisiera, ello es un desafío para cualquier intento que, como este, aspira a una mirada transnacional en lo substantivo y no como aditamento verboso para cumplir con modas académicas.

La importancia del ideario reformista es verificada por el autor en el transcurso que corre entre el retorno de Orfila de esta primera

² La intención inicial de Cosío y sus colegas, antes de fundar el FCE, era una alianza con Espasa-Calpe que fracasó tras la negativa de José Ortega y Gasset. Sorá cita las memorias de Cosío (quien a su turno cita a Ortega y Gasset) para condensar el tono colonial del rechazo desde la Península. En palabras del mexicano: “El día en que los latinoamericanos tuvieron algo que ver en la actividad de España, la cultura de España y la de todos los países de habla española ‘se volvería una cena de negros’” (25).

experiencia americanista, la apertura de la filial argentina del FCE y su asentamiento en México como director de la editorial. La militancia en el Partido Socialista, el vínculo con la Universidad Popular Alejandro Korn y las primeras incursiones en el mundo de la cultura escrita se mixturaron para crear la imagen de un intelectual peculiarmente hábil en la construcción de alianzas. Tanto en el Río de la Plata como en el Distrito Federal, Orfila fue, en palabras de Martí Soler, “un gran gestor al *rodearse* de grandes editores y colaboradores. Así, además de descubrir o atraer firmas autorales, cuenta con respaldo para tomar decisiones en el espacio de trabajo cotidiano de una empresa y en función de los presupuestos de mercado” (71). La flexibilidad operativa de Orfila que retrata Sorá se verifica con singular claridad en la manera en que analiza la deriva política del editor hacia una izquierda más radical.

Para explicar este camino, *Editar desde la izquierda* no se priva de entrar en el terreno biográfico más íntimo. Aunque no son las protagonistas, las parejas de Orfila juegan un rol en esta historia. Se trata de María Elena Satostegui y Laurette Sejourné, vinculadas sucesivamente a Orfila y agentes que le permiten a Sorá dar cuenta de la instalación del FCE en Argentina, la primera, y del vuelco hacia la esfera revolucionaria, la segunda (135-143). No se trata de un drama de afectos traicionados, sino de separaciones y encuentros mediados por la experiencia de movilidad intelectual que supuso el ascenso de Orfila en las filas de la edición latinoamericana. Esta mezcla de consolidación dentro del campo cultural y el prohijamiento de ideas políticas radicales sería una de las piedras angulares en la creación de Siglo XXI y constituye uno de los momentos más llamativos del libro.

Sorá documenta las cercanías de Orfila con la dirigencia revolucionaria cubana ya desde los cincuenta. Expande este punto señalando: “La expresión de la simpatía de Arnaldo y Laurette por otros movimientos revolucionarios era refrenada por la visibilidad pública de ambos. Sin embargo, hicieron lo posible para apoyar a combatientes, exiliados, perseguidos políticos” (149). Si bien dentro de la política exterior mexicana tal apertura era aceptable, una señal del ideario de soberanía americanista propugnado por diversos gobiernos, una serie de episodios vinculados a la edición de *Los hijos de Sánchez*, del antropólogo estadounidense Oscar Lewis, terminó por defenestrar a Orfila y suscitó la formación de otra editorial. Sin ánimo de aplanar los detalles y precisiones ofrecidas

por el autor, el núcleo del asunto estribó en la respuesta negativa de la intelectualidad nacionalista más conservadora a los contenidos del libro de Lewis, el cual fue leído como una reproducción de prejuicios negativos sobre México debido a su retrato de las clases populares. Dicha reacción se acopló a un rechazo de la agenda editorial más radicalizada promovida por Orfila desde el FCE, lo que permitió utilizar la excusa de su nacionalidad extranjera como impedimento para la manifestación de opiniones políticas desde un órgano que, aunque autónomo, tenía vínculos estrechos con el Estado por medio del Ministerio de Hacienda.

A riesgo de sonar melodramático, este golpe palaciego es uno de los tiros más groseramente salidos por la culata en la historia de la cultura latinoamericana moderna. Como revela Sorá, el impacto inicial de la salida de Orfila fue una ola de solidaridad dentro y fuera de América Latina que tuvo como resultado la recaudación de doscientos cincuenta mil dólares y la creación de una nueva casa editora en poco más de tres meses, entre fines de 1965 e inicios de 1966 (162). El resto de la historia es la prueba del poder construido a lo largo de los años por Orfila, pues logró una verdadera migración de vastas redes de autores, distribuidores y editores desde el FCE a Siglo XXI. Así, construyó un catálogo en el que se profundizó la difusión de autores identificados con una izquierda heterodoxa dentro y fuera del continente, a la vez que se incorporó a varios pesos pesados de la literatura latinoamericana del momento³ (176-188).

El vínculo de Siglo XXI con la formación de una biblioteca continental para la izquierda es una muestra, a mi parecer, de la inusual plasticidad política demostrada por Orfila. La investigación de Sorá explora con agudeza los tránsitos entre el reformismo universitario de los veinte y los planteamientos revolucionarios de los sesenta y setenta, que tuvieron en la filial de Siglo XXI en Argentina una singular manifestación. La relación entre Orfila y figuras como José Aricó y Héctor Schmucler no estuvo exenta de tensiones durante el breve pero intenso capítulo de la editorial

³ El análisis ofrecido por Sorá del proceso de edición de *La vuelta al día en ochenta mundos* es un estudio de caso sumamente rico en este sentido. Sigue la pista del proceso completo de creación de un libro, desde el primer contacto entre Julio Cortázar y Orfila hasta las correcciones de las pruebas de imprenta y el avisaje de la novedad. Al decir del autor: “En esta suerte de microhistoria, resulta elocuente la ‘libertad creadora’ entre Cortázar y un promotor cultural y su empresa de vanguardia” (220).

en el Río de la Plata, aun cuando predominaron las convergencias en el seno de una izquierda que era heterogénea en sus definiciones, referentes teóricos y estrategias (227-229). El cierre abrupto de la filial tras el golpe de marzo de 1976 estuvo acompañado de la acogida de los trabajadores por parte de Orfila en México y la continuación de los empeños culturales bajo un nuevo signo.

En un capítulo que funciona casi a modo de coda de este recorrido, Sorá se refiere a la reaparición de Siglo XXI en Argentina por el año 2000, resultado de iniciativas paralelas desde España y México. El interés se vuelca a las estrategias editoriales en un escenario sustancialmente distinto de aquel de los sesenta, desde el panorama ideológico-político a nivel global hasta la transnacionalización de los negocios editoriales (con el ascendiente de España, primero, y de los conglomerados angloamericanos, después). Mediante una etnografía de las dos sucursales de Siglo XXI, Sorá logra identificar las operaciones desplegadas desde Argentina para consolidar una posición en el campo internacional y hacerse cargo, a su modo, de la historia del proyecto que les da nombre (267-270).

Tras concluir la lectura de *Editar desde la izquierda*, dos interrogantes capturan mi atención; caminos que se abren, más que objeciones al análisis. El libro hace un trabajo audaz en plantear las dificultades que supone la lucha por una autonomía cultural que se exprese, a su turno, en autonomía literaria. Un empeño de más alcance tendría que profundizar en las condiciones de posibilidad de dicho proyecto, cuya eficacia Sorá parece dar por buena y con fundadas razones. Las sucursales del FCE y de Siglo XXI abarcaron el continente completo, con el no despreciable logro de instalarse en países tan esquivos para Hispanoamérica como el Brasil y España. Creo que Sorá hace bien en identificar la constelación de factores que facultaron a Cosío, Orfila y compañía para constituir semejante estructura. Pero si la autonomía es comprensible solo a la luz de una mirada más totalizadora y propiamente transnacional, entonces queda mucho camino por recorrer: las respuestas desde Europa y Estados Unidos a este nuevo panorama editorial latinoamericano o las interacciones entre editorialismo y las políticas culturales de la Guerra Fría. Y, como contraparte, aquellos proyectos que buscaron reforzar una posición subordinada de América Latina en el concierto mundial o bien de potenciar las divisiones según el perfil nacional antes que la construcción de un horizonte americanista.

Mi segunda línea de interrogación tiene que ver con los posibles diálogos con otros agentes editoriales de la izquierda dentro y fuera de la región. El caso del grupo de *Pasado y Presente* trabajado por Sorá es un ejemplo de tránsitos por la esfera de la cultura impresa de vocación socialista, pero la amplitud de los contactos de Orfila obliga a profundizar la pesquisa hacia otros proyectos representativos de esa heterogeneidad ideológica. Pienso en instancias tan diversas como Quimantú (Chile), Nueva Visión (Argentina), Era (México), Maspero (Francia), Feltrinelli (Italia) o New Left Books (Reino Unido). Incluso cabría pensar en un circuito más amplio de editoriales de orientación progresista y vocación de masas, como la británica Penguin. Sorá demuestra que la edición no es un accesorio de las ideas y de la política, sino un nodo de articulación de ambas. El estudio de dicha práctica nos permitirá explicar de mejor manera el tipo de circulación de los discursos de la izquierda del siglo xx en tanto producto de alianzas al interior de una sensibilidad peculiarmente heterodoxa.

Aunque el escenario en el que se gestaron y desarrollaron los proyectos de Cosío y Orfila ha cambiado drásticamente, el libro de Sorá nos ayuda a restituir historicidad a sus trayectorias y a pensar en cuál es la forma actual de una política de la edición que dialogue productivamente con estas experiencias. En la intersección de mis dos interrogantes postularía, a modo de cierre, una tercera: ¿cuál es el perfil de una izquierda editorial en el momento presente? ¿Qué estrategias pueden construirse en una coyuntura signada por el retroceso de los progresismos —o, lo que es lo mismo, la explicitación de sus contradicciones internas— y la expansión de gobiernos que coquetean con el autoritarismo (o que han entablado una relación poliamorosa con todo el espectro de las expresiones contemporáneas del fascismo)? ¿Cuáles son, en definitiva, los cuadros intelectuales con los que contamos para hacer algo que no sea la pura defensa de posiciones y arrojarnos a una guerra de trincheras en la que tenemos poco que ganar?

MATÍAS MARAMBIO DE LA FUENTE
Universidad de Chile/Universidad Alberto Hurtado
matias.marambiodlf@gmail.com